

ya en 102 (721) pudo ser otra vez dominada, y cuando con la subida al trono de Hisham (105 = 724) tomaron nuevo aliento las expediciones al exterior, también el Asia Menor volvió a sentir el antiguo azote. Pero aunque el incansable Maslama se apoderó en 108 (726) de Cesarea, en Capadocia, y muchas correrías, desde aquella época, en que la lucha a propósito de las imágenes empezó a conturbar el imperio griego, llevaron otra vez las hordas arábigas hasta el interior de la península, ya no fué posible la ocupación duradera de grandes territorios; y cuando la rápida decadencia de los omniadas, después de la muerte de Hisham (125 = 743), dejó también esta frontera descubierta al enemigo, el emperador Constantino V se hizo dueño, en el año 127 (745), de Mas'asch (Germanicia), en la Siria septentrional, y en 133 (751) de Malatía, la bien defendida fortaleza de Mesopotamia, en el Eufrates, y hasta de Teodosiopolis (Erzerum), situada en el centro de la Armenia, transportando muchos prisioneros, así de estos distritos como de las comarcas vecinas. Solo después de consolidada la dinastía abasida logró el Islam restablecer allí su línea de fronteras.

Los sucesos en el Cáucaso se presentan muy enlazados con las guerras bizantinas. Los distritos de la alta montaña permanecieron siempre inexpugnables durante el califato, pero toda la faja del Sur, los territorios de los Abasges, Laces é Iberos, aparecen en el año 717 (98) en posesión temporal de los musulimes. Estos, atacados por turcos y cazares, que desde su morada al Norte del paso de Derbend acostumbraban a hacer frecuentes incursiones en la Armenia, tuvieron que sostener una serie de campañas, las cuales después de su derrota ante los muros de Constantinopla y con el natural deseo de asegurar, por lo menos, debidamente sus fronteras septentrionales, fueron más repetidas y enérgicas. Allí peleó también Maslama, con éxito vario, en los años 110-113 (728-731); pero especialmente Merwan, hijo de Mohammed Ibn Merwan, hermano de Abdelmelik, penetró varias veces muy adentro en el territorio de los cazares desde el año 114 (732), en que Hisham le nombró lugarteniente en la Armenia y en el Aderbidyan. Con todo, no lograron los árabes establecerse permanentemente en el Norte del Cáucaso, lo cual les era tanto más difícil cuanto que los pueblos ribereños del mar Caspio no abandonaron jamás su actitud rebelde, y ni siquiera una enérgica campaña hecha contra ellos en el año 121 (739) consiguió mantenerles sumisos por mucho tiempo. Quedó, sin embargo, lo grado en lo más esencial el propósito de proteger eficazmente la Armenia oriental y el Aderbidyan.

Si las ventajas que los ejércitos de los omniadas obtienen por esta época en el Oriente y en el Centro consisten principalmente en la reconquista, extensión y afianzamiento de territorios que ya habían estado sometidos al califato en tiempos de Othman y de Moawiya, en cambio el Occidente está destinado a ofrecer el mismo inesperado espectáculo que ya presenció el Oriente durante el reinado de Omar: el súbito derrumbamiento de un imperio, en apariencia poderoso pero minado por internas discordias, que a la primera embestida cae presa de sus agresores, maravillados de su propio éxito. La destrucción del imperio de los visigodos, la conquista de España, lograda como por arte de encantamiento, constituye a la vez el apogeo y el remate de la segunda época de las conquistas mahometanas, que llegan entonces, casi a un mismo tiempo, a las fronteras de la China y a las costas del Océano Atlántico, y marca el período más brillante en la historia del pueblo árabe poco antes de iniciarse la decadencia de su breve imperio universal. Es otra vez Walid el que, no sin propios merecimientos, recoge lo sembrado por Abdelmelik.

Dejamos a los musulimes en el Africa en el momento crítico en que la derrota y muerte del temerario Okba malogran sus últimos triunfos, obligándoles a retroceder a Barka. Solo después que Abdelazis, hermano de Abdelmelik, hubo puesto orden en los asuntos del Egipto (65=685), se pudo pensar en tomar el desquite de aquel descalabro; por orden directa de Abdelmelik, según se afirma, emprendió el yemenita Sobeir Ibn Keis, por el año 69 (689), una correría en las cercanías del Keirowan, que a la sazón se hallaba en poder de los berberiscos, como la provincia de Cartago se encontraba otra vez en el de los bizantinos. Unos y otros se coaligaron contra los intrusos, pero fueron vencidos por Sobeir, el cual apoyado en el Keirowan, que volvió a ocupar, devastó todo el país hasta Túnez. En estas circunstancias recibió aviso de que a sus espaldas una escuadra griega había desembarcado tropas en Barka. Las fuerzas de caballería con que regresó a toda prisa, para inutilizar esta peligrosa diversión, no eran suficientes para el caso, y los imperialistas las destrozaron por completo; el mismo Sobeir pereció en la lucha, y poco faltó para que se perdiera todo lo conquistado en el Africa. Según parece, suscitáronse divergencias entre berberiscos y griegos, y esto impidió que aprovecharan su victoria. Pero desde el «año de la unión» (74) pudo ya Abdelmelik disponer de fuerzas considerables para operar en el Occidente. Deseábase proceder con seguridad y método, y los preparativos llevados a cabo minuciosamente necesitaron bastante tiempo; en cambio Hasan Ibn No'oman, también yemenita, nombrado general en jefe en el año 77 (696), se vio al frente de un ejército de 40,000 hombres, que ya solo por su mismo número ofrecía muy distintas garantías de éxito que las reducidas huestes de sus antecesores. En efecto, apoderóse rápidamente del territorio de Cartago, venció a los bizantinos y tomó por asalto la ciudad, una parte de cuyos habitantes logró a duras penas huir por mar a Sicilia y España. Al tener noticias de la pérdida de plaza tan importante, que hacia temer por la seguridad de Sicilia, el emperador Leoncio envió al Africa toda su escuadra, a las órdenes del patricio Juan. Este penetró en el puerto de Cartago, arrojó a los árabes de la ciudad y de sus alrededores y se sostuvo todo el invierno de 697 (698), hasta que Hasan, a cuyo auxilio habían acudido las fuerzas navales musulmicas, le derrotó por mar y tierra, obligándole a regresar a la metrópoli. Durante el viaje se sublevaron las tripulaciones, resentidas por la derrota, mataron a Juan y proclamaron emperador al jefe de la sedición. Este fué el principio de las nuevas guerras civiles, que favorecieron los progresos de los árabes en el Asia Menor é impidieron al propio tiempo que se repitiesen las expediciones bizantinas al Africa. Después que Leon, el Isaurio, hubo salvado a Constantinopla de la agresión de Maslama, destruyó otra vez con su sistema iconoclasta la unidad y el orden, recién consolidados, del imperio, y de esta suerte desapareció toda posibilidad de reconquistar para la cristiandad la ciudad de San Agustín. Ciertamente que en tal caso no se hubiera encontrado más que un montón de ruinas, pues para impedir la repetición de sucesos como los acabados de relatar mandó Hasan arrasar las murallas y los edificios, y muy pronto la arena de los desiertos de Africa cubría el sitio que había ocupado la en otro tiempo rival de la eterna Roma.

Restaba aun, sin embargo, otro adversario más fuerte por vencer: los belicosos bereberes estaban menos dispuestos que nunca a someterse al Islam. El organismo de sus tribus, así entonces como hoy, acomodado a la naturaleza del país, era en todo análogo al de los beduinos, y dificultaba la concentración de las fuerzas nacionales en igual grado que el particularismo árabe antes de la época de Mahoma.

Pero así como los pueblos amantes de su independencia, al verse amenazados del yugo de una raza extraña suelen producir en la hora del mayor peligro un Saul, un Vercingetorix ó un Hermann, esta vez una mujer animosa fué la que tuvo el arrojo de convertirse en heroína de una tremenda lucha. Como entre los antiguos germanos, también gozaban las mujeres entre los bereberes de grande y particular veneración, asignándoles el papel de sacerdotisas y profetisas. Una de estas fué la que entonces reunió en torno de su morada, en el monte Aurás (1), las tribus berberiscas para aprestarse a la comun defensa. No conocemos su verdadero nombre; los árabes la llaman *el-Káhina*, «la adivina.» Las fuerzas que respondieron al llamamiento de esta mujer eran demasiado superiores para el ejército de Hasan, que fué derrotado en un valle al Norte del Aurás, siendo otra vez rechazados los musulimes mucho más allá de Keirowan. Pudieron, por último, hacer alto en las cercanías de la Gran Sirte y atrincherarse allí, construyendo algunas fortificaciones, las cuales aun posteriormente eran conocidas con el nombre de «fuertes de Hasan,» donde hubieron de aguardar la llegada de nuevos refuerzos (79 ó 80 = 698-699). Mas entretanto había estallado en la Persia oriental la sublevación de Abderrahman, y solo cuando ésta fué sofocada, por el año 84 (703), pudo Abdelmelik ocuparse en enviar más tropas sirias al Africa. Tan pronto como llegaron éstas, tomó Hasan la ofensiva. Cinco veces ya habían visto los bereberes ejércitos islamitas en su territorio, y la profetisa no dudó ni por un momento que volverían a verlos otra vez. Había tomado por tanto la firme resolución de intentarlo todo por la independencia de su pueblo y concebido el tremendo plan de convertir todo el llano en un desierto, en el que los invasores árabes no encontrarán ni abrigo ni víveres, para que fuese más segura su destrucción por los bereberes al caer sobre ellos desde sus montañas. Raras veces la muchedumbre sabe apreciar las grandes ideas de previsora solicitud, y también en este caso se mostró refractaria a imponerse, después de la victoria obtenida, sacrificios que la peor de las derrotas apenas podía haber exigido. Los adictos de la profetisa llevaron a cabo la devastación por ella ordenada; pero las tribus, en su mayoría, murmuraron y la antigua discordia se presentó más temible que nunca. La Káhina hubo de reconocer que todo era inútil, y cuando se le avisó que avanzaba Hasan, envió a sus hijos al caudillo árabe, encargándoles que una vez en el campamento abrazaran el Islam é hicieran causa común con los extranjeros. En cuanto a ella, no le quedaba más recurso que buscar la muerte en el postrer combate de la desesperación, y en efecto la halló, después de destrozado su ejército, junto a una fuente en el monte Aurás, la que todavía seiscientos años más tarde era designada como la «fuente de la Káhina.»

Quedaba deshecha la resistencia de los bereberes al Islam. Vencida por éste su profetisa, debieron de perder la fe en su antigua religión; la sencilla doctrina de Mahoma se recomendaba desde luego a una raza cuya capacidad para los racionamientos abstractos era tan escasa como vivo su varonil sentimiento de independencia. Estas dos cualidades de aquel pueblo extraordinario influyeron desde entonces en manera preponderante en la historia de Africa y de España: la primera les hacía enemigos de sutilezas teológicas y propensos a una rígida ortodoxia y a todo género de conceptos supersticiosos; la segunda les permitía conciliar con la fidelidad a la religión aceptada la persistente aversión a los conquistadores extranjeros. Así, cuando su valiente espada hubo con-

tribuido a destruir la monarquía visigoda y a fundar la dominación del Islam en España, se volvió en la primera ocasión propicia contra los incómodos correligionarios y cortó el lazo recién formado entre el imperio de los califas y el Occidente; y este antagonismo fué causa precisamente, después de siglos de alternativas de reconciliación y de ruptura, de la pérdida de España para el Islam.

Cuando Hasan estaba más ocupado, aprovechando su victoria, en establecer la administración del territorio ya asegurado, que llegaba hasta muy cerca de las fronteras de la antigua Numidia (hoy provincia de Constantina), y en preparar al propio tiempo la sumisión del resto del Africa occidental, fué relevado repentinamente de su mando. Desde la muerte de Okba no tuvo ya razón de ser una lugartenencia independiente en Africa, y por lo mismo Hasan quedó subordinado al lugarteniente del Egipto Abd El-Azis. Este, según ya indicamos, parece que fué instado por su hermano Abdelmelik en el año 84 (703) para que renunciase a la sucesión al trono, que le correspondía. Se negó a ello, y temiendo acaso medidas violentas por parte del califa, sentía la necesidad de proporcionarse un seguro punto de apoyo en el ejército de Africa, para lo que pudiese sobrevenir. A Hasan se le había confiado el mando en Damasco mismo, y en toda probabilidad era adicto al gobierno, que en el Occidente del imperio no se manifestaba en modo alguno tan sistemáticamente contrario al elemento yemenita como Haddschadsch en el Oriente; en todo caso, Abd El-Azis no podía fiarse de él. Mandóle a llamar (por el año 85=704), y le recibió tan mal que a duras penas pudo lograr Hasan huir a Damasco. Abdelmelik prometió rehabilitar al caudillo indignado, pero éste se negó a seguir sirviendo a un omniada. Por el mismo tiempo se recibió la noticia de la muerte de Abd El-Azis, y poco después la de nuevos triunfos en Africa, y estos decidieron a Abdelmelik, ó tal vez a Walid, que por aquella época subió al trono (86=705), a confirmar en su cargo al sucesor dado por Abd El-Azis a Hasan.

El nuevo caudillo poco había hecho hasta allí digno de alabanza. Por motivos personales incondicionalmente adicto a Abd El-Azis, su protector, tenía que agradecerle que, convicto de malversación de caudales del Estado en un cargo anterior y condenado a severo castigo, hubiese podido, por último, refugiarse en Egipto. Si bien poco después era cosa bastante común esta clase de delitos,—apenas diez años más tarde el célebre Yezid Ibn Mohallab saqueaba descaradamente las cajas del Estado en Corasan,—en tiempo de Abdelmelik y Walid debía ser muy atrevido el que se dejara coger en semejantes hechos. Además de la codicia, la envidia y la dureza afeaban el carácter de Muza; pero era un excelente hombre de guerra, y esto era lo principal. Como yemenita convenía a las tropas de Hasan, a las cuales, reforzadas con bereberes conversos, condujo en rápida marcha victoriosa hasta el Océano Atlántico. La historia de esta conquista es en parte poco fidedigna, pero no hay duda que la sumisión de la costa septentrional de Africa hasta Tánger (en árabe Tandscha), así como de los distritos de Dara'a y Sidschilmasa (Tafílete) en el interior fué llevada a cabo durante los años siguientes (87-90=706-709), habiendo tenido que sostener varios combates, pero sin encontrar dificultades de mayor importancia. El ejemplo de sus compatriotas del Este contribuyó en muchos casos a decidir a los bereberes occidentales a aceptar el Islam, mientras que el conocimiento del país y de la lengua que comunicaron a los árabes debió de ser hábilmente aprovechado por el entendido caudillo Muza. Este no halló tenaz resistencia sino en un solo lugar. Como en muchos otros puntos del Mediterráneo, la corte bizantina había conservado junto a las columnas de

(1) El *Mons Aurasius* de los antiguos, llamado aun hoy *Schebel-Aurás*, al Sur de Constantina.

Hércules un pequeño resto de la herencia de la antigua Roma: la fortaleza de Ceuta y el terreno inmediato. Sostenía ésta, a la sazón, por el emperador un conde bizantino (*comes*) llamado Julian. Después de largo sitio, Muza no había logrado aun apoderarse de la plaza; no poseía escuadra, mientras que el *comes* disponía de varios barcos que abastecían la guarnición. Con todo, la situación de Julian no era muy segura. Ciertamente con sus barcos podía trasladarse en breves horas a la costa fronteriza de España; pero aunque poblada ésta también por cristianos, érale igualmente hostil. Desde antiguo había enemistad entre visigodos y bizantinos, como que aquellos cuando hubieron conquistado a España se habían posesionado también durante algún tiempo de parte del África griega y ocupado a Ceuta temporalmente en 554, y los bizantinos, en cambio, se habían vengado atacando el Sudeste de España, donde pudieron conservar algunos puntos hasta 631. Poco antes de la aparición de los árabes se refieren también actos de hostilidad entre godos y griegos, y teniendo los primeros tan cerca de sí el ejemplo de sus afines los vándalos, que en el siglo vi habían sido



Moneda de cobre de Muza Ibn Nasair (Museo de Berlín).

Anverso: Imitación de un tipo bizantino.

Reverso: Cruz bizantina con gradas, con la leyenda AMIRA MVZE F NVSIR, ó sea: «El emir Muza, hijo (*filius*) de Nasair.»

aniquilados por los caudillos bizantinos, debía serles muy desagradable el puesto avanzado que á sus mismas puertas tenía la potencia oriental, por mas que ésta se hallase tan distante. Aunque carecemos de datos positivos sobre el particular, no podemos deducir justificadamente que existiesen relaciones amistosas entre Julian y sus poderosos vecinos de España (1), y nos parece verosímil que éste, que desde la pérdida de Cartago tan poca esperanza podía tener de recibir auxilio de Constantinopla como de ser bien acogido por los visigodos, prefiriera entenderse con los árabes, logrando con ello, á lo menos, perjudicar al enemigo tradicional del otro lado del Estrecho. Pero por dudoso que aparezca el móvil, lo cierto es que el *comes* se avino con los árabes, y les ayudó con sus consejos y sus obras en las nuevas expediciones que emprendieron. Ciertamente que no fué mérito suyo, ni exclusivo de ningún otro hombre, que los

(1) Esta es la razón que me ha decidido á separarme de la tradición mas común de la historia de la conquista de España. Es sabido que los relatos árabes, mucho mas posteriores, contienen en este punto una novelesca narración; según ella, Julian estaba en relaciones de amistad con Rodrigo, último rey de los visigodos, á cuya corte había enviado á su hija para terminar su educación; pero el disoluto monarca sedujo á la joven, y para vengarse del ultraje el padre se echó en brazos de los árabes, les excitó á la conquista de España y les prestó todo género de auxilio en esta empresa. Es desde luego sospechoso el nombre que los autores musulmanes dan á la hija de Julian, *El-Kahba*, «la deshonrada,» del cual los españoles hicieron después *la Cava*. — Los demás datos de mi texto los he tomado de Dahn: *Los reyes Germanos*, VI (segunda edición, Leipzig, 1885, págs. 686 y 690), con quien estoy conforme en rechazar el cuento de la Cava, mientras que me parece demostrada la existencia de Julian por Dozy: *Recherches*, I, págs. 64 y siguientes. He de advertir, por último, que según las dos únicas y casi coetáneas fuentes españolas que nos permanecen accesibles, Rodrigo no se apoderó de la corona sino después de las primeras incursiones árabes, en el año 711; véase Ranke: *Historia Universal*, V, I, pág. 212; Fournel: *Les Berbers. — Étude sur la conquête de l'Afrique par les Arabes*, tomo I, Paris, 1875, pág. 238, nota 1.

sucesos inmediatos se desarrollaran de manera tan sorprendente.

En grado mas subido todavía imperaban por aquella época en España circunstancias análogas á las que ochenta años antes habían acelerado el fin de la dominación bizantina en Siria y en Egipto. Los gravámenes del fisco romano, que con excepción de algunos grandes privilegiados oprimían al pueblo despiadadamente, no habían sido aliviados por los visigodos, sino, por el contrario, aumentados con la introducción de nuevos tributos que pesaban sobre los siervos. Mientras una corta minoría se refocilaba en la riqueza y la sensualidad, las masas llevaban una existencia verdaderamente miserable. La Iglesia, que antes de la conversión al catolicismo de los godos arrianos, amparaba á los oprimidos, encontró, después de lograda esta conversión (587), mayor beneficio en unirse á los opresores; los sufrimientos de los siervos y de los libertos proletarios no hacían mella en los obispos, que estaban llamados á participar de las prerogativas de la nobleza. De todos los oprimidos, los mas oprimidos eran los judíos, ya entonces bastante numerosos en España. Poco después de la conversión del rey y de los nobles, en el año 616, se impuso el célebre principio de la unidad religiosa: obligóse á los judíos á abjurar la fe de sus padres, y se castigó á los refractarios con penas corporales y confiscación de sus bienes. Para lograr á todo trance la extinción del abominado culto, se arrebatában los niños judíos á sus padres y eran educados en los conventos ó en el seno de familias cristianas. Por mas que algunos consiguieran librarse de la rigurosa aplicación de estas medidas merced á las riquezas adquiridas en otro tiempo y guardadas ocultas, la persecución en general fué llevada á cabo sin miramiento alguno; y cuando en el año 694 se descubrió una conjuración urdida por las víctimas de estos atropellos, el 17.º concilio de Toledo decidió sumariamente, á excitación del rey Egica, que fueran declarados siervos todos los judíos, después de confiscados sus bienes, y distribuidos entre los cristianos lejos de sus antiguas moradas. Que después de estas muestras de caridad cristiana tuviesen aquellos enemigos de Dios la osadía de recibir como amigos y prestar todo apoyo á los árabes, que les llevaban la libertad y la tolerancia, puede muy bien ser, — como escritores españoles aun hoy les echan en cara (2), — una prueba de la antigua dureza de corazón y del espíritu rencoroso de este pueblo abominable; los cristianos, y en especial los españoles, suelen ciertamente devolver bien por mal en semejantes casos (3).

Es muy posible que Julian tuviese conocimiento de la situación existente al otro lado del Estrecho; sería, sin embargo, aventurado basar hipótesis de alguna trascendencia en la supuesta perspicacia de su personalidad, perspicacia algo problemática. En todo caso, debía de tener interés en causar todo el daño posible á los odiados españoles, y es por lo mismo verosímil que inspirara á Muza la idea de emprender algunas correrías por la costa fronteriza (4). El

(2) Véase Dahn: *Los reyes Germanos*, VI, pág. 679.

(3) El autor, que da muestras de juiciosa crítica en su obra, en este caso juzga de los tiempos y circunstancias del siglo viii con las ideas del xix. A juzgar por estas últimas, mas vituperables sería y es el movimiento antijudaico que se manifiesta actualmente en Alemania en nuestros días. (N. del T.)

(4) No es fácil averiguar si Julian ó Muza pensaron desde luego en la conquista de toda la Península. La tradición árabe así lo afirma, si bien añadiendo que el califa Walid, al ser consultado por su caudillo, solo dió permiso para hacer reconocimientos y previno que no se expulsara un ejército de alguna importancia á los azares de una expedición marítima. Este último concepto es de Omar I y en todo caso atribuido posteriormente á Walid, el cual había proyectado, aunque no ejecutado, la expedición, mucho mas peligrosa, á Constantinopla. No hay

lugarteniente dejó este asunto, que parecía de órden secundario, al cuidado de sus oficiales. Un su liberto, Abu Sor'a Tarif, pasó el Estrecho con 500 hombres en barcos de Julian en el año 91 (julio de 710), desembarcó en la punta meridional de España, donde la pequeña ciudad de Tarifa lleva aun hoy su nombre, y regresó cargado de botín, fruto de su pillaje en los alrededores de Algeciras. Envalentonados con esto, los musulmanes repitieron la *razzia* (1) en la primavera siguiente con fuerzas mas numerosas, 7,000 bereberes (2), siendo esta vez su caudillo Tarik Ibn Siyad, otro liberto de Muza. El escaso número de barcos de que se disponía en el Occidente solo permitía el transporte de una pequeña fuerza á la vez, por lo cual Tarik tomó posesión de la gigantesca peña que los antiguos llamaban Calpe, pero que desde entonces lleva el nombre de su conquistador (3), peñon que le ofrecía una posición inexpugnable hasta tener reunidas todas sus tropas. Con ellas corrió toda aquella tierra, y había llegado hasta la laguna de Janda (4) cuando tuvo noticia de que avanzaba un poderoso ejército godo.

La agresión de los mahometanos encontraba á España en momentos de peligrosa crisis. Además de las ya indicadas causas generales de la debilidad de la monarquía visigoda, acababa de realizarse un cambio de soberano en circunstancias muy graves. El rey Witiza había muerto ó sido destronado y su sucesor Rodrigo era un usurpador, por mas que se hubiese apoderado de la corona á petición de los magnates, y había defraudado á los hijos de Witiza de sus derechos á la sucesión. No aparecen bien demostradas las razones que motivaron proceder tan irregular. Según la versión mas común, Rodrigo ya se había hecho dueño del poder en el año 90 (709), y de todos modos antes del convenio de Julian con los árabes; sin embargo, es muy de tener en cuenta (5) que de los cronistas españoles que merecen ser consultados (6) los dos mas antiguos y casi coetáneos fijan el año 711, y dos mas modernos el 710, como fecha del mismo suceso. Si consideramos, además, que ya en julio de 711 aparece Rodrigo con su ejército delante de Tarik, nos vemos incitados á suponer que precisamente la incursión de los musulmanes, acaudillados por Tarif, en el año anterior pudo ser la causa que determinase la trasmisión de la autoridad suprema á Rodrigo, el cual tenía fama de hombre arrojado y enérgico, y es evidente, por otra parte, la indignación que la irregularidad de este hecho había de producir entre los allegados y partidarios de su predecesor. Dos hijos de este último eran, según se refiere y como parece muy natural, los que se mostraban mas resentidos, y con objeto

tampoco bastante claridad en el hecho de que Muza, que según los relatos árabes había enviado refuerzos á Tarik poco antes de la batalla del Guadalete, aparezca tan poco al corriente de los triunfos de éste que solo un año después le llevan á España los celos de las proezas de su teniente. Podrá ser cierto el dato de que una vez terminada la conquista del África Occidental se retiró á Keirowan, residencia habitual del lugarteniente (Fournel: *Les Berbers*, I, págs. 236-254), dejando á Tarik la administración de los territorios del Este y autorizándole para emprender algunas correrías en España. En cuanto me ha sido posible, he procurado no admitir en mi texto sino lo que tiene carácter auténtico.

(1) *Razzia* procede de la palabra árabe *ghaziya*, que significó primitivamente una partida de hombres que emprendía una correría, y luego la misma correría.

(2) Parece probable que el mismo Tarik era berberisco, pero no está del todo probado.

(3) Gibraltar, esto es, *Schebel-Tarik*, «el monte de Tarik.»

(4) Entre Gibraltar y Cádiz.

(5) Ranke: *Historia Universal*, V, I, págs. 211 y 212. En las *Anales* (V, 2, pág. 283) se encuentran algunas otras combinaciones, á las cuales el mismo Ranke no concede completo crédito, por lo que no me he atrevido á servirme de ellas para la exposición en el texto.

(6) Fournel: *Les Berbers*, I, pág. 238, notas 1-2.

de desenrollarlos, el nuevo rey les concedió mandos importantes en su ejército, siendo después su traición la que decidió la batalla en favor de los musulmanes. Todo esto pudo muy bien suceder, pero no está suficientemente atestiguado para que debamos aceptarlo sin reserva: sabido es con cuánta facilidad una nación engreída de sí misma busca la causa de una gran derrota en la traición, sin considerar que también el traidor es una afrenta para su país. De cierto solo sabemos que godos y berberiscos vinieron á las manos el día 5 de Schawal del año 92 (19 de julio de 711), en las cercanías del Cádiz de hoy. La pequeña ciudad de Jerez de la Frontera ha gozado de la innecesaria fama de haber sido el lugar de hecho histórico tan culminante; pero está demostrado hoy que la batalla se libró junto al pequeño río Wadi Bekka, que, conocido hoy con el nombre de Salado, desemboca, entre Vejer de la Frontera y Conil, en el Océano Atlántico. Ocho días, tres según otras versiones, parece que duró la lucha, y los mismos árabes dan testimonio del gran denuesto con que peleó el último rey godo, siendo probable que no todos los que le rodeaban dieran pruebas de igual abnegación. Los enemigos de su gobierno considerarían acaso favorable la ocasión para desprestigiarle con la afrenta de una derrota y de este modo devolver la corona á la familia de Witiza. ¿Cómo había de suponer ninguno de los príncipes godos que una correría de la canalla africana pudiera tener por resultado hundir en el polvo á la altiva monarquía? Si en realidad existieron esas mezquinas y antipatrióticas miras, pronto se vieron frustradas. La batalla se perdió; pero nadie en toda España, fuera de la nobleza y del clero, tenía interés alguno en defender la dominación goda. Los siervos y los plebeyos libres, en los cuales la despiadada opresión de las clases privilegiadas ya desde mucho tiempo había ahogado todo sentimiento patriótico, contemplaron indiferentes la ruina de sus inhumanos señores, y los judíos vieron en los árabes á los que iban á libertar al pueblo elegido de la faraónica servidumbre á que estaba sujeto. Nada tiene, pues, de extraño que apenas en uno ú otro lugar la dispersa y además discorde nobleza quisiera, á lo menos, volver por su honor, haciendo mayor ó menor resistencia. En cuanto á Rodrigo, desapareció después de la batalla: «no se volvió á saber de él, y como no se le encontró vivo ni muerto, solo de Dios es conocida su suerte.»

Con el infatigable empuje que en todas partes caracteriza á los creyentes en aquella época heroica del Islam, aprovecharon Tarik y sus hombres el efecto de la victoria alcanzada. En Ecija hubo todavía de librarse reñido combate á los cristianos, pero luego solo algunas pocas ciudades se atrevieron á defender sus murallas. Por consejo de Julian, marchó el victorioso caudillo con el grueso del ejército en derecha á Toledo, la capital, mientras que, para asegurar la retirada, pequeñas columnas ponían cerco á algunas plazas fuertes que se encontraban en el camino. Archidona, abandonada por los habitantes, fué ocupada por los musulmanes, que tomaron á Elvira por asalto y á Córdoba y Toledo, por traición de un judío ésta y de un siervo aquella. Los principales funcionarios del reino huyeron, presa del pánico, á los montes de Galicia; el arzobispo abandonó sus ovejas y marchó á Roma, y los enemigos de Rodrigo y de su bando se prestaron, como en otro tiempo los dignatarios bizantinos en Egipto, á ofrecer sus servicios á los conquistadores. Estos, entretanto, recogían rico botín en las ciudades y en el campo, y el osado Tarik se encontraba en la cúspide del triunfo.

Pero no había entendido Muza que el permiso dado á su liberto para hacer una *razzia* en España había de servir para que, con la conquista de todo el reino, recogiese gloria y